

# Hidronimia Paleoeuropea: una Aproximación Paleolítica

de XAVERIO BALLESTER

«y ola ser de río ajeno, y sólo pasar y pasar».

T. Borowski, *Los nombres de los ríos*.

## *Definiendo el paleoeuropeo o Alteuropäisch*

El reconocimiento del denominado *antiguo europeo* o *paleoeuropeo* –en alemán *Alteuropäisch*– es mérito principalísimo de Hans Krahe [1954, 1962, 1964a, 1964b etc.]; se trata de un registro lingüístico documentado sobre todo por una hidronimia –básicamente *potamónimos* o nombres de ríos– que se da de modo abundante para prácticamente la totalidad de Europa, siendo en la mayoría de estos territorios la única hidronimia antigua que ha podido encontrarse y que, pese a alguna opinión contraria (*lege infra*), cabe definir indudablemente como indoeuropea. Típicas raíces o al menos segmentos radicales básicos de matriz indoeuropea serían al menos secuencias cuales *\*ab-*, *\*ad-*, *\*ag-*, *\*ais-*, *\*al-*, *\*alb-*, *\*am-*, *\*an-*, *\*ap-*, *\*ar-*, *\*arg-*, *\*as-*, *\*au-*, *\*bal-*, *\*barb-*, *\*dan-*, *\*drau-*, *\*mai-*, *\*mar-*, *\*nar-*, *\*n[a]id-*, *\*nau-*, *\*pal-*, *\*plau-*, *\*rai-*, *\*sal-*, *\*rau-*, *\*sar-*, *\*sau-*, *\*tam-*, *\*uar...* Cualquiera de estos básicos segmentos puede en principio manifestarse después conformando series, así, por ejemplo, una raíz *\*al-* estaría en la base de *Al[i]a* - *Al[a]va* - *Alma* - *Alna* - *Alara* - *Alant[i]a* - *Alsa* - *Alesta* - *Alta* y una raíz *\*sar-* en la de *Sar[i]a* - *Sar[a]va* - *Serma* - *Sarnus* - *Sarta*. Como elementos en toda apariencia derivativos resultaban muy comunes sobre todo los formados por una consonante continua [m n r s]; así, por ejemplo, *\*al-m-*, *\*al-n-*, *\*ar-n-*, *\*sal-m-*, *\*uar-m-*, *\*uar-n-*... mientras que de las oclusivas apenas /t/ era corriente como formante derivacional, así, por ejemplo, *\*al-t-*, *\*an-t-*, *\*uar-t-*... Notoriamente, faltan –o eventualmente escasean– raíces propiamente paleoeuropeas con /l-/ y /g-/ iniciales y quizá también con /k-/ inicial. En cuanto a la variación existente a veces en lo referente al tema o paradigma fusivo y en concreto a la alternancia de temas en /ia/ y temas en /il/, del tipo *Nauia* - *Nauis*, ya en otro lugar hemos defendido la propuesta de que el tema indoeuropeo en /il/ englobaría antiguos diminutivos (cf. dobles con diminutivo del tipo *Garonne* - *Garonette*, *Guadalope* - *Guadalopillo*, *Lóuzara* - *Louzarela*, *Sar* - *Sarela* y aún *Avia* - *Avión* o *Ebro* - *Ebrón* etc.).

A su vez, cualquiera de las derivaciones resultantes ha podido dar origen en las lenguas históricas a una gran variedad de subderivaciones. Así, por ejemplo, de un derivado de la raíz \**al-* como \**alant-* podríamos encontrar en Europa numerosos subderivados cuales, siguiendo a Francisco Villar [2005: 134 sgg.], los antiguos o sobre todo actuales hidrónimos paleoeuropeos *Aland*, *Alande*, *Alander*, *Alando*, *Alandros*, *Alanta*, *Alantas*, *Alante*, *Alantedoba*, *Alantia*, *Alantone*, *Alantune*, *Alanzabas*, *Alanzares*, *Alendo*, *Aleniar*, *Alentas*, *Alentisque*, *Alentum*, *Alenzos*, *Alonta*, *Aluntium*, *Aluntus*, *Olandina*, *Olondai*, *Olontigi* u *Olunta*. Tanto el mayor volumen silábico de estas formaciones cuanto sobre todo el alto número de homofonías o quasi homofonías excluyen la posibilidad de ver aquí puras coincidencias, del tipo, por ejemplo, que encontramos entre el sustantivo helénico *πόταμος* 'río' y el afín nombre del río norteamericano fluyente por Washington DC *Potomac* y que en la lengua indígena significa 'río' [Mańczak 1999: 56].

Según Wolfgang Schmid [1997: 89], principal continuador de las tesis de Krahe, sólo cabe considerar 'paleoeuropeo' aquel hidrónimo que cumpla estas cinco condiciones:

1) La forma no ha de ser explicable o desde las lenguas históricamente documentadas o desde las fases más antiguas de las lenguas habladas junto al acuífero por él denominado.

2) El término debe poseer etimología y estructura morfológica indoeuropeas.

3) La semántica del hidrónimo debe pertenecer al campo léxico de 'agua - fluido - líquido' o a un campo semántico afín.

4) El nombre debe referirse a un acuífero europeo.

5) En raíz y estructura el hidrónimo debe encontrar un paralelo antiguo y de la misma etimología en otro lugar de Europa.

### *Explicando o intentando explicar el paleoeuropeo*

Pese al carácter restrictivo de estas condiciones mencionadas, es esta, como se ha anticipado, una hidronimia abundantísima en la mayor parte de Europa, si bien muchas veces más frecuente en unas zonas que en otras, y ello a menudo no sólo por razones tan elementales como la mayor o menor presencia de acuíferos, pues, por ejemplo, no cabe evidentemente esperar encontrar el mismo porcentaje de hidrónimos en la fluvialísima zona báltica que en el árido Peloponeso helénico.

La explicación del registro hidronímico indoeuropeo es todavía objeto de controversia y debate entre los especialistas. Aunque primeramente Krahe supuso que tal hidronimia sería el reflejo de la expansión de un antiguo pueblo indoeuropeo y, dadas las características lingüísticas detectables, se sumó a la tradición que asignaba dicha onomástica a unas más o menos inconcretas hablas ilíricas, no tardó mucho el autor alemán en reconocer que dicho registro onomástico no podía atribuirse a ningún concreto grupo lingüístico histórica-

mente conocido o documentado. Por otra parte, tampoco debieron de ser ajeno a la *metánoia* o *conuersio* de Krahe al menos otras dos clases de argumentos.

En primer lugar, la nula documentación arqueológica o histórica de una supostísima superexpansión ilírica por casi toda Europa y, secundamente, el que aducir aquí el ilírico suponía un ejercicio de explicar *obscurum per obscurius*, teniendo en cuenta lo poco que se sabía de dicha lengua... si es que en verdad podía denominarse *lingua* a un conjunto de características resultante del análisis de un muy difuso material ciriónimico y que hoy tiende a asociarse más –al menos en una cierta parte– al continuo eslávico, registro este donde antropónimos ilíricos documentados en formas cuales *VESCLEVESI* (C.I.L. 3,3058) o *VESCLEVESIS* (C.I.L. 3,3038) encuentran fácil y cabal paralelo (verbigracia pol. *Wiesław*, verosímilmente compuesto sobre \**uaik-* ‘campamento/ acampar - asentamiento - aldea’ y \**klau-* ‘escucha[r] - [tener] fama’). En cualquier caso, aquel antiguo grupo lingüístico ilírico parece, en la perspectiva actual, haberse diluido entre el eslávico, el itálico y el continuo del albanés.

Así pues, respecto a la asignación del paleoeuropeo quedan hoy todavía en pie y desde la época de Krahe tres puntos básicos de casi unánime consenso:

- 1) El registro onomástico paleoeuropeo no puede asignarse a ningún grupo lingüístico históricamente conocido.
- 2) Casi como consecuencia de ello, el paleoeuropeo debe de representar una fase lingüística previa –y no simultánea– a la de los grupos lingüísticos históricamente documentados en Europa.
- 3) La onomástica paleoeuropea es de carácter indoeuropeo.

### *¿Paleoeuropeo o paleo...vascónico?*

Consenso casi unánime, decíamos, pues más recientemente Theo Vennemann [1994, 2003 y otros], en una propuesta de gran resonancia en los medios informativos [verbigracia Hamel & Vennemann 2003] como casi todo lo que concierne al *enigmático* vascuence, ha querido asignar aquel registro hidronímico y alguno otro de carácter toponímico a una especie de... vascuence anti-quísimo, lengua que, por tanto, habría ocupado en época probablemente pre-histórica la mayor parte de Europa.

Si bien hay que reconocer a Vennemann el mérito de haber puesto el dedo en la llaga de algunas de las muchas incoherencias de la Lingüística indoeuropea tradicional y concernientes sobre todo a la cronología y al historicismo de determinados asertos a este respecto, no puede, sin embargo, aceptarse en modo alguno su interpretación lingüística de que *todo* el material hidronímico paleoeuropeo sea en realidad adscribible a un conjunto lingüístico *vascónico* –Vennemann utiliza el término *vascon-* en el que se inscriben al menos el histórico aquitano y los dialectos del vascuence.

Ya tempranamente y con variedad de argumentos se opusieron a la inter-

pretación vennemanniana, entre otros, Kitson [1996] y Lakarra [1996], poniendo este significativamente de manifiesto que cuanto hoy puede reconstruirse del prevascuce, resulta incompatible con la lectura etimológica del paleoeuropeo propuesta por Vennemann. Baste aquí decir que, por ejemplo, una raíz paleoeuropea como \**plau-* (verbigracia la del potamónimo *Plava*) es al menos doblemente incompatible con el vascuce histórico y con lo que puede reconstruirse de esta misma lengua para fechas más pretéritas, ya que hasta fechas recentísimas este continuo lingüístico no parece haber nunca admitido ni la consonante /p/ ni la secuencia de *muta cum liquida* presente en /pl/. De hecho, en Europa los grupos consonánticos iniciales (cf. al menos \**drau-* y \**plau-*) se dan característicamente sólo para el conjunto indoeuropeo. También, por ejemplo, la presencia de posibles raíces paleoeuropeas como \**rain-* (cf. latín *Rhēnus* actual *Rbin*) o \**raiu-* (cf. latín *rius* 'riachuelo') excluiría en principio un origen vascónico para esta hidronimia, una vez que en este conjunto lingüístico no parece haber indicio alguno de presencia de /r-/ inicial.

Ahora bien, es de justicia reconocer que la fonología que dejaba traslucir el paleoeuropeo no se acercaba tampoco a la esperable para un registro lingüístico que debía de estar mucho más cercano al de la prelengua indoeuropea que los respectivos registros de las lenguas históricas... siempre, por supuesto, desde la perspectiva de la Lingüística indoeuropea tradicional, sea cual sea la variante con la que esta se presente. Todavía, en efecto, en pleno siglo XXI algunos creen perfectamente esperables raíces hidronímicas como \**H<sub>2</sub>uelor-*, así Prósper [2002: 343], y frente a esa expectativa fonológica uno se encuentra –¡sorpresa, sorpresa!– con *simplezas* cuales los hidrónimos [paleo]europeos *Var*, *Vara*, *Varas*, *Varis* o *Wobra*.

Tal colisión entre la expectativa fonológica tradicionalista y la clásica reconstrucción paleoeuropea de Krahe explicaría, pues, aquella primera interpretación en clave *ilítrica* –es decir, asociando tal registro a un grupo lingüístico determinado y no a una fase preliminar a la conformación de los grupos históricos– que hiciera el propio Krahe. Tal colisión explicaría también el que contra el indoeuropeísmo de tales hidrónimos y a favor de su *vasconismo* pudiera alzarse Vennemann [2003: 65] alegando que la abundancia de vocales /a i u/ en el material paleoeuropeo constituye una clara característica que «no se aprecia en el indoeuropeo antiguo, en el que escaseaban las palabras comenzadas por vocal y menudeaban las vocales *e* y *o*». No se aprecia –cierto es– en el indoeuropeo tradicionalmente reconstruido.

#### *Paleoeuropeo y –por qué no– algo de paleovascónico*

En todo caso podrá ser quizá aquí oportuno mencionar que en última instancia Krahe vino a identificar el paleoeuropeo con el... indoeuropeo de Europa, como «la lengua común de los indoeuropeos que invadieron Europa, o bien de los que aquí permanecieron tras la salida de los indo-iranios [...] en suma, la lengua ancestral del grupo europeo» [Sergent 1995: 139], una afir-

mación que, convenientemente depurada de esos prejuicios invasionistas tan propios de su época y de los que Krahe nunca llegó a liberarse, podría estar, como enseguida veremos, muy cerca de la interpretación más realista y más probable. A su vez, la concepción a su manera también férreamente tradicionalista de Vennemann y que le impide considerar la posibilidad de que la hidronimia paleoeuropea sea verdaderamente indoeuropea, se aprecia en detalles del tenor de considerar, por ejemplo, respecto a la presencia de indoeuropeos en la Península Ibérica que estos «no llegaron a esa zona del sudoeste europeo hasta el primer milenio» [2003: 64 sgg.], idea en verdad hoy totalmente insostenible. En suma, Vennemann es en el fondo un tradicionalista, pero un tradicionalista coherente que detecta problemas en la teoría tradicional, lo que le lleva a proponer un planteamiento nuevo para superar esas deficiencias pero planteamiento que, sin embargo, resulta –al menos en su mayor parte– igualmente inadecuado, pues el problema no está o no solamente está en el lado de la interpretación de esa hidronimia sino probablemente también en el lado de lo incorrecto del reconstruido indoeuropeo tradicional y en lo fonológico y en lo histórico. Pero decíamos *al menos*...

En efecto, en la real posibilidad de presencia en Europa al final de la época paleolítica de hablantes de lenguas o dialectos pertenecientes al conjunto lingüístico vascónico o como quiera llamarse, nada obliga a considerar que absolutamente toda la hidronimia tradicionalmente definida como paleoeuropea deba ser adscrita únicamente al indoeuropeo. El –hoy parece– bastante seguro origen septentrional de vascos *sive* aquitanos –e ibéricos– hace verosímil que algún porcentaje de dichos hidrónimos, especialmente de los de la Europa transpirenaica occidental y central, pueda deberse también al conjunto lingüístico donde se inscribiría el vascuence histórico. Merece, en definitiva, considerarse la posibilidad de que, por ejemplo, como quiere Vennemann, hidrónimos cuales *Eberbach*, *Ebrach*, *Ibar*, *Ibra* o *Ybbs* puedan contener en última instancia la misma raíz contenida en el término *ibai* ‘vega - río’ en vascuence.

### *Una empresa asaz problemática*

Como fuere, cabe reconocer que para la Indoeuropeística tradicional el alcanzar la concreta adscripción lingüística del paleoeuropeo supone una empresa asaz problemática, problemática sobre todo, anticipábamos, por lo verosímilmente tan incorrecto del tradicional reconstruido fonológico. Así pues, principalísimamente tal adscripción resulta problemática por los numerosos aspectos fónicos sorprendentes –sorprendentes siempre para la perspectiva de la Lingüística tradicional y para su previo diseño de *el* indoeuropeo– que dicho registro onomástico ofrece, *herida* ciertamente dolorosa y que en verdad permitiría a un Vennemann encontrar una mayor analogía fónica en el vascuence o casi en cualquier otra lengua del mundo –excepto quizá en el fonicamente complejísimo bella coola– que en el indoeuropeo trilatero y laringalero de *ole-ole*.

Ciertamente la onomástica paleoeuropea exhibe diversos elementos fónicos que, como en un choque de trenes, colisionan brutalmente con la lengua tradicionalmente reconstruida, como, por citar un conspicuo ejemplo, la ubicua presencia de la vocal /a/ –presencia tan ubicua que en alguna bibliografía háblase incluso de una indoeuropea ‘a acuática’– tal como aún podemos reconocer en ríos nuestros como *Abia*, *Almar*, *Arganza*, *Ara*, *Nava* o *Palancia*. Consecuentemente, el paleoeuropeo se ha convertido en otro de esos incómodos fantasmas para la Lingüística indoeuropea tradicional, uno más de esos casos donde, contra toda previsión, aparece justamente lo contrario de lo esperado, en vez de fonemas labiovelares, oclusivas de *explosión* silbante, vocales de *barra libre* como *elo* o laringales que *colorean* vocales a porrillo, esa antigua hidronimia presenta, junto a la vocal más universal: la /a/ –acuática o no, sepa o no sepa nadar– otros numerosos elementos fónicos apenas compatibles con la lengua tradicionalmente reconstruida, de modo que tal conjunto de características fónicas se erige[n] como una disgustosa paradoja para la Indoeuropeística tradicional, pues –y sin entrar en los obviamente trascendentales aspectos extralingüísticos que tan extendida hidronimia comporta– aquella no puede rebajar mucho las fechas de su aparición, una vez que los rasgos lingüísticos detectables no son compatibles con ningún grupo histórico conocido, pero tampoco puede remontarlas muy atrás, una vez que dichos rasgos son aún mucho más incompatibles con los rasgos fónicos reconstruidos para *el* indoeuropeo. Reconstruidos de nuevo –claro es– por la Lingüística indoeuropea tradicional.

En efecto, el paleoeuropeo presenta en toda apariencia un modelo fonemático bastante simple, con tres fonemas vocálicos /a i u/ y el bastante común conjunto consonántico: /k g t d p b m n l r s/. Tras analizar el material hidronímico paleoeuropeo, con razón un indoeuropeísta tan poco sospecho de *herejía* como Carlos Jordán [2001: 426] pudo preguntarse: «¿no estaremos ante una antiquísima alternancia vocálica de un estrato lingüístico o una lengua, a la que por ahora nos negamos a darle filiación, con un sistema vocálico de tres fonemas, que, por las razones tanto ontogenéticas como filogenéticas, debe ser *a-i-u?*». Claro que sí, sólo que no únicamente por razones ontogenéticas y filogenéticas de su vocalismo sino también por razones geográficas y cronológicas tal estrato lingüístico debe ser simplemente indoeuropeo, registro, pues, al que –en la hipótesis definitivamente más sencilla– corresponderían aquellas eventuales raíces hidrónimicas paleoeuropeas que en la relectura de Jordán [2001: 426] se presentarían a veces en series cuales *\*ab-*, *\*ib-*, *\*ub-*, *\*ar-*, *\*ir-*, *\*ur-*, *\*mar-*, *\*mir-*, *\*mur-*, *\*tar-*, *\*tir-*, *\*tur-* o *\*sal-*, *\*sil-*, *\*sul-*

Además, tales hidrónimos presentarían una fonotaxis típicamente indoeuropea –y esta vez incluso desde la perspectiva tradicional– y además insólita para otras lenguas anindoeuropeas del continente, como notoriamente la secuencia *-nr-*, secuencia esta no admisible para el vascuence histórico ni tampoco para las lenguas urálicas, o también *-st-* y las desinencias *-ia* (y *-a*) y aun *-ntia*, amén de la ya citada comparecencia de grupos consonánticos iniciales. Tampoco, en fin, se observa aquella constancia de trílteras [*si*] raíces que al-

gunos [ultra]estructuralistas han propugnado para toda raíz indoeuropea ¡cómo si hubiese alguna ley física, biológica o cósmica que obligara a que todas las raíces de una lengua tuvieran el mismo número de fonemas!

*¿Paleoeuropeo paleo...lítico?*

Acaso, pues, una vez más el paradigma de la continuidad paleolítica, este nuevo marco explicativo del origen de las *res indoeuropaea* [véase, entre otros, Alinei 1996 y 2000; Otte 1997; Cavazza 2001 o Costa 2001], pueda dar un mejor explicación –y acaso por primera vez una explicación sin más– del *enigma* paleoeuropeo. Y explicación, por cierto y como cabe exigir, no circunscrita sólo a las vertientes lingüísticas. Al respecto y para comenzar cumple señalar la especial o, cuando menos, singular importancia que para los pueblos que viven de la caza y la recolección, han tenido siempre ríos y acuíferos, los cuales han constituido tradicionalmente una de las escasísimas propiedades del cazador o bien –en la tradicional mentalidad antropológica de pertenencia del cazador a la naturaleza – viceversa.

En efecto, si cazadores y recolectoras poseen algún concepto de propiedad, este es típicamente un concepto de propiedad colectiva, pues la mayoría de los cazadores *poseen* un territorio de caza, el cual además no están dispuestos a compartir con otras bandas. Ahora bien, en muchas culturas estos territorios de caza son, por antonomasia, territorios fluviales. Así, por ejemplo, la cuenca del río Murray con una longitud de 640 kilómetros era *propiedad* de los *güirayllurios* (*Wirraidyuri*), una tribu australiana [Serra 1962: 437]. De hecho, en las culturas aborígenes australianas «la existencia de agua se convierte en un elemento vital, sobre todo en las zonas desérticas del interior. Esta importancia se manifiesta en ciertos términos de algunas lenguas del interior de Australia donde se medían las distancias entre campamentos por *tantos lugares de agua*. Estos lugares coincidían en la mayoría de los casos con sitios de significado ritual» [Piella 2002: 30], de modo además que en los viajes necesariamente «todas las rutas y destinos habían de seguirse por lugares con agua» [Piella 2002: 32]. También tradicionalmente para los ainúes o ainos los «sitios habitados están cerca de la costa y de las márgenes de los grandes ríos» [Murdock 1981: 139]. Asimismo tradicionalmente «los esquimales pasan el invierno en chozas de nieve [...] y en el verano viven bajo tiendas y carpas a lo largo de las cuencas fluviales» [Gómez-Tabanera 1998: 333s]. También, en fin, por citar un último ejemplo de pueblo de tradicional cultura de caza y recolección, los cazadores cuivas, entre Colombia y Venezuela, «han sido siempre un pueblo fluvial» [Arcand 2002: 97].

En los territorios con un buen número de ríos –como, verbigracia, Europa– las cuencas fluviales han conformado regularmente, por tanto, *naturales* territorios de caza. Ciertamente los ríos son de capital importancia para los cazadores por muchas ventajosas y con frecuencia obvias razones, tales cuales la facilidad que ofrecen para encontrar buenos y seguros lugares de abrigo, la fa-

cilidad para obtener agua potable o para cazar animales que acuden al río a beber o a morir. Ya al comenzar el Paleolítico Superior en Europa la gran cantidad de presas potenciales en la praderas de latitud media podía «asegurar un suministro disperso en el paisaje, pero concentrado en las orillas de ríos y lagos donde mueren la mayoría de los animales» [Gamble 1998: 44].

Otra ventaja de las cuencas fluviales, sobre todo en territorios montañosos, la constituye, como de alguna manera anticipábamos, la circunstancia de que estas pueden ser utilizadas a modo de *autopistas* para los desplazamientos de hombres y mercancías. Así, por ejemplo, en Australia, donde el agua falta o escasea en muchos lugares, los aborígenes buscan regularmente su proximidad [Tacon 1994: 55] y cerca de algunos ríos o lagos han sido descubiertos restos de ocupación humana durante los últimos 35.000 años [Roberts 1994: 50], de modo que desde tiempo inmemorial los nativos australianos seguían regularmente las rutas de los humedales, en cuya proximidad solían acampar [Serra 1962: 434, 444]. En la fluvial Europa, la importancia de los ríos parece haber sido no menos evidente. Así, por ejemplo, el Danubio constituía ya una importante ruta de comunicación para el sur de Alemania durante el Paleolítico Superior [Ramos 1999: 242]. De facto, sabemos que durante el Paleolítico Superior los europeos solían vivir en las inmediaciones de los ríos.

Todos estos detalles son, en toda evidencia y de forma muy significativa, perfectamente congruentes con la vasta red de hidrónimos paleoeuropeos, contexto este donde, por tanto, todo este gran conjunto hidronímico resulta fácilmente explicable, mientras que, en cambio, no lo es o lo es mucho más difícilmente desde perspectivas cronológicas y culturales posteriores. Incluso, como de inmediato veremos, el marco ideológico de las comunidades de caza y recolección –comunidades que, recuérdese, casi desaparecieron en Europa con la revolución neolítica– es probablemente el único contexto ideológico del devenir europeo donde otra vez, a juzgar por las analogías descriptibles, resultan perfectamente explicables hasta fenómenos de detalles como, por citar un ejemplo, el posible empleo de una raíz parental \**au-* para potamónimos.

#### *¿Raíces parentales en los hidrónimos paleoeuropeos?*

En efecto, algunas de las raíces más frecuentes de la hidronimia indoeuropea como notoriamente \**au[a]*- o también \**am[a]*- y \**an[a]*- presentan la singularidad de estar documentadas también como raíces para nombres parentales en el conjunto indoeuropeo; así, por ejemplo, a \**au[a]*- (cf. ríos cuales *Avance*, *Avançon*, *Avanta*, *Avia*, *Avión*, *Avon*, *Auentia*, *Aulencia*...) podrían corresponder términos de parentela cuales armenio *hav* ‘abuelo’, gótico *awō* ‘abuela’, latín *auus* ‘abuelo’ y *avia* ‘antepasada’, lituano *avýmas* ‘tío materno’ o prusiano *awis* ‘tío materno’, circunstancia que legitima a preguntarnos si podría tratarse, por tanto, de la misma y una raíz. Pues bien, la respuesta sería positiva al menos en el contexto de las culturas de caza y recolección, donde por obvios motivos –algunos de los cuales ya hemos indicado– es muy común

el culto a las aguas así como a otros aspectos literalmente vitales de la naturaleza, aspectos, pues, de índole que podríamos adjetivar *sacra* y que, como es sabido, vienen con muchísima frecuencia caracterizados lingüísticamente por la presencia de algún tabú, fenómeno que a su vez también muy a menudo suele manifestarse mediante la presencia de un nombre substitutivo tomado muchas veces precisamente del léxico de la parentela.

Un sencillo ejemplo de tabú lingüístico substituido por un término de naturaleza parental sería la comunísima denominación de 'abuel[it]o' que encontramos para el oso en numerosas partes de Eurasia, así entre mongoles, ostiácos, algunos rusos (*deduška*), samoyedos, suecos, túrcicos de Siberia (chuvachos, tártaros, soyotos...) o tunguses [Zelenin 1988: 229, 278, 282]. Los tunguses, en concreto, además del término 'viejo' disponen de un nombre tabuístico para el oso, *amikan*, diminutivo de la palabra *ami* 'padre' y que significa propiamente 'abuelito', mientras que a la osa la denominan *ebykó* 'abuela -mamita' o bien *önö* 'viejita - abuelita' [Zelenin 1988: 284]. Encontramos también dicho apelativo antiguamente entre los loparios, quienes, lo mismo que los ostiácos, denominaban al oso 'viejecito bajo la pelliza' [Zelenin 1988: 281]; asimismo el oso es o era 'bisabuelo' (*abaj*) entre chores y altaicos durante la caza [Zelenin 1988: 282], 'viejo' para los fineses [Zelenin 1988: 282] y algunos tártaros, teleutos o chacasos [Zelenin 1988: 283], 'viejo del bosque' o 'abuelito' entre los vogules [Zelenin 1988: 282] y 'viejito' (*momá*), 'abuelo paterno' o 'abuelito peludo' entre los votiacos [Zelenin 1988: 281, 282], 'abuelo queridísimo' (*äsä, ese*), 'bisabuelo' (*öbügä, ömügä*) o 'abuelo blanco' para el oso blanco entre los yacutos [Zelenin 1988: 282] o 'abuelo descalzo', amén de 'abuelito', entre los yucaguires [Zelenin 1988: 224, 285]. Los ainúes, en fin, consideran al oso un pariente y a veces lo llaman 'sobrino' [Zelenin 1988: 202].

#### balbulubil, balbulumbal o los tabúes del mojar

El funcionamiento de la interdicción lingüística puede todavía en la actualidad muy cabalmente estudiarse entre algunos aborígenes australianos, para quienes se trata de un fenómeno totalmente vivaz y operativo. Pues bien, no es difícil comprobar que el tan literalmente vital ámbito de la naturaleza acuática es también, por supuesto, objeto de interdicciones lingüísticas. Así, por ejemplo, entre los dirbales de Jambun pertenecen al lenguaje tabuístico o de evitación los siguientes términos relacionadas todas ellas directa o indirectamente con lo acuático o fluvial: *balbulubil* 'ir río abajo' y *balbulumbal* 'lavar río abajo' [Piella 2002: 266], *darubal* 'mojar - sumergir en agua', *darubay* 'bañarse' y *dawulubil* 'ir río abajo' [Piella 2002: 270], *guyabil* 'cruzar el río' [Piella 2002: 274], *jaywil* 'pescar utilizando un rollo de hierba a modo de red' [Piella 2002: 275], *jilngguwal* 'arrojar o verter agua' [Piella 2002: 276].

Todos estos fenómenos recuerdan inmediatamente otros muy afines que encontramos en primitivas culturas de caza y recolección en lo concerniente a

los ríos, culturas en lo religioso o espiritual caracterizadas por la presencia del *animismo*, que –sea cual sea la acepción técnica que quiera darse al término– comporta la consideración de la naturaleza como una entidad espiritual y animada. Así entre los chuchios y yupiques el «entero entorno no humano es considerado como animado y provisto de las habilidades de actuar y hablar [...] Los animales y los humanos poseen almas, haciéndolos similares pero diferentes, con una permeable línea divisoria. Especies de animales salvajes y árboles, lagos etc. poseen 'dueños' o 'amos'» [Schweitzer 2002: 139], idea esta última de la posesión de lagos –o eventualmente de ríos– por propietarios naturales que al menos nos evoca la tan común presencia de epítetos en las antiguas dedicatorias galaicas o incluso lusitanas a las divinidades fluviales. Hay que recordar al respecto que al menos *aún* para el s. VI de nuestra era en la *Gallacia* de la época está documentado por San Martín de Braga *sive* de Dumio el culto a las fuentes, junto con el culto a las piedras, a los árboles y a las encrucijadas, lugares donde los lugareños encendían velas (*corr.* 16,2: *ad petras et ad arbores et ad fontes et per triuia cereolos incendere*), una costumbre, al menos en lo referido a las fuentes que habría perdurado hasta hoy, pues testimonios «de esta costumbre de encender velas a las fuentes todavía perviven en la Galicia de hoy, y quedan pruebas del culto a las divinidades acuáticas, como los manantiales donde están escondidas las Viejas» [López 1996: 92, n42]. Y a propósito de viejas y abuelas.

Entrando ya en las manifestaciones más concretas de estas creencias, recordemos, por ejemplo, con Zelenin [1988: 293] que los yacutos llaman 'abuela' al río, mientras que todavía en época reciente los rusos llama[ba]n 'mamita' (*matuška*) a los grandes ríos. Asunto sobre el que el mismo Zelenin [1988: 300] comenta «La aparición de uno u otro epíteto remite a una época en la que para todos los ríos se admitía la existencia de un espíritu dominador que en su origen era también llamado con un nombre respetuoso y reverente». Además, de modo general entre los yacutos se tiene la costumbre de nunca llamar con su nombre un lugar cuando uno está cerca del mismo, empleándose en tal caso el genérico término de *äbä* 'abuela' [Zelenin 1988: 299] y de modo parecido para expresar 'atravesar un río' también los yacutos prefieren respetuosamente decir 'intentar obtener de la abuela llegar a la otra parte'. Asimismo denominar al lago simplemente eso: 'lago' (*kiööl*), es considerado cosa sacrilega por los yacutos, quienes únicamente se permiten para tal referencia, igual que para el río o la tierra natal, el término de 'abuela' [Zelenin 1989: 141]. En Siberia encontramos además otros nombres para ríos cuales 'abuelita', 'mamita' o 'títa'; de facto, el importante río *Ob* significa literalmente 'títa' en la lengua de los comios [Zelenin 1989: 141], pueblo de habla urálica.

### *La 'abuela' fluvial*

A propósito de las rutas migratorias de los hotentotes comenta Batista [1962: 216]: «De su paso por estos territorios han quedado varios testigos, co-

mo los nombres de los ríos que terminan en *ib*, *ob*, *ab*, *up*, variantes de la palabra hotentote *ib*, *ip*, que significa río o agua, los cuales aparecen tanto en las costas del Océano Atlántico como en las del Índico».

Habida cuenta, pues, de la afinidad existente entre tantos nombres parentales en prácticamente todas las lenguas del mundo –asunto ya bien conocido desde Murdock [1957 y 1959] y sobre todo desde aquel famoso “Por Qué Papá y Mamá” de Roman Jakobson [1980: 119-30; publicado primeramente en 1960]– es, pues, bien posible que la afinidad que se ve en tantos potamónimos sobre raíces del tipo *aba-*, *an-*, *au-* o afines en al menos algunas de estas lenguas deriven del mismo empleo tabuístico de términos parentales y partir de los términos empleados en unas y otras lenguas. Y, por cierto y sea dicho quizá marginalmente, ya Jakobson [1980: 124] señalaba la gran preponderancia de las vocales largas «y especialmente *a*» en los *universales* términos parentales.

En todo caso, así, por ejemplo, ha podido proponer Greenberg [2002: 83] una preforma euroasiática \**ana* ‘abuela’ con resultados en conjuntos cuales indoeuropeo con, entre otros, antiguo alto alemán *ana* ‘abuela’, armenio *han* ‘abuela’, griego *ἀννίς*, hitita *annas* ‘madre’ y *hannas* ‘abuela’, licio *xāna* ‘abuela’ o antiguo prusiano *ane* ‘antepasada’, urálico con, entre otros, comio-ciriano *uúe* ‘tía’, selcupo *oúo* ‘mujer del hermano mayor’ o vogul *āñi* ‘esposa del hermano del padre’, altaico con chuvacho *aíne* ‘madre’, evenquio *eñin* ‘madre’, oroque *enin* ‘madre’, solón *enē* ‘madre’ o turco *ana* ‘madre’, japonés con *ane* ‘hermana mayor’, y esquimo-aleutiano con esquimal de Alaska septentrional *aana* ‘abuela’, groenlandés *aanak* ‘abuela’, nucano y yupique de Alaska central *aana* ‘madre’ o sirenique *nana* ‘madre’. También Trombetti [1962: 178-80] propuso en su día una genérica raíz \**na-* con el valor de ‘mujer’ para aquella lengua *una* de la que, según el ítalo, procederían todas las lenguas habidas, recordando que la forma sería, en definitiva, un «derivado de la voz infantil *ana* (variantes: *anna*, *nana*, *nanna*) ‘mamá - madre’ largamente extendida junto a *ama*» [1962: 179].

No deja también de ser curioso que igualmente para el euroasiático Greenberg proponga tanto una preforma \**apa* ‘padre’ cuanto otra muy afín preforma \**ape* ‘agua’. Para la primera el estudioso norteamericano [2002: 66] enumera formas indoeuropeas cuales, entre otras, griego *πάππα*, latín *pāpa* o palaoico *paapaš*, formas altaicas cuales, entre otras, azerbaiyano, tártaro y turco *aba*, monguor *āba*, neguidal *apa* ‘tío’ o antiguo turco *apa*, coreano medio *api*, guillaco *apa* ‘suegro’, formas chucotianas cuales camchadal *apač* o coriaco *appa*, y formas esquimo-aleutianas cuales esquimal de Alaska septentrional *aapa*, sirenique *apa* ‘abuelo’ o yupique de Alaska central *apa* ‘abuelo’. Por su parte, para \**ape* ‘agua’ aduce Greenberg [2002: 179], entre otras, las indoeuropeas hitita *hapa-* ‘río’, antiguo prusiano *ape* ‘río’, sánscrito *āp* ‘agua’ o tocario *āp* ‘río’, coreano moderno *pi* ‘lluvia’, ainú *pe* ‘agua’.

En cuanto a una posible raíz parental \**am-*, dejando al margen las numerosísimas *mama* y afines, sólo en ámbito indoeuropeo, que es, en definitiva, el determinante para la hidronimia paleoeuropea, podríamos citar formas cuales

para 'madre' antiguo alto alemán y antiguo latín *amma*, antiguo islandés *amma* 'abuela' o también latín *amita* 'tía paterna'. Con todo y por lo que pueda afectar a la antigüedad del término, ha de señalarse aquí la propuesta de una raíz *universal* para 'agua' con forma \**ma-* propuesta en su día por Trombetti [1962: 170-2], con, entre otros eventuales testimonios, un protobantú \**ma-* o \**ama-* con «prefijo de nombres de líquidos» [1962: 170]. Al menos en la continuidad –probabilísimamente– céltica de la Península ibérica está muy bien documentada la concepción de manantiales y fuentes como 'madres'. Comentando el antiguo potamónimo *Abamia*, hoy caricaturizado como *Aguamia* (Asturias), el reputado toponomista Álvaro Galmés [2000: 117s] señalaba: «La realidad prístina de este río es *Abamia*, en donde el segundo elemento [...] es un derivado de *ab* + el celta *amma* 'madre', que con referencia a un río hace alusión a la diosa 'madre' de los ríos [...] el lugar en que nace el río *Aguamia* se conoce en la actualidad con el nombre de *Madre del Río* o *La Madrona*».

*Tamarón* que se duerme...

La perspectiva paleolítica es también congruente con el conocido y unánimemente aceptado hecho de que los hidrónimos, especialmente los potamónimos, suelen representar una capa lingüística antiquísima y además bastante resistente a los cambios lingüísticos, pues lo normal es que las nuevas poblaciones aloglóticas no sientan la necesidad de alterar los nombres recibidos de los ríos por las poblaciones autóctonas o que al menos les han precedido. Ya Moralejo [1980: 157]: «generalmente los nombres de los ríos suelen figurar entre los más antiguos que conservan las lenguas vivas y principalmente los de los ríos más importantes, que suelen pasar de unos pueblos a otros al ocupar o dominar sucesivamente un país». De clásicos al respecto pueden calificarse también muchos pasajes de Villar, como este más reciente: «Los nombres de los ríos constituyen con frecuencia una especie de yacimiento arqueológico de múltiples estratos que permiten [...] detectar la presencia de lenguas anteriores a la actualmente hablada en el territorio en que el hidrónimo se encuentra» [2005: 13].

Una tal antigüedad de al menos una parte significativa de la hidronimia paleoeuropea resulta también congruente con el hecho de que algunas de las raíces propuestas pudieran tener correspondencias exoindoeuropeas. Sería, por ejemplo, notoriamente el caso de \**tam-*, así en los derivados hidrónimos –o eventualmente [secundarios] topónimos– *Tamaris* (Mela 3,11; hoy *Tambre*), *Támega*, *Támoga* o *Tamuxe*, todos ellos en Galicia, y *Támara*, *Tamarici* (Plinio, *nat.* 31,23), *Tamarón*, *Tamuja*, *Tamujar* y *Tamujoso*, o, ya fuera de la Península ibérica, el conocido *Támesis* londinense (cf. César, *Gall.*, 5,11,8 y 5,18,1) y también el *Temsica* y el *Themsche* por Flandes [Moralejo 1980: 162 sgg.]. Raíz, en fin, aquella a la que tradicionalmente se le asigna en los estudios indoeuropeos un significado de 'oscuro' en razón de posibles correspondencias cuales antiguo eslávico *tъma* 'obscuridad', antiguo indio *támas* 'obscu-

ridad', antiguo irlandés *temen* 'oscuro' o lituano *tamsà* 'oscuridad', conformando así un significado, por tanto, muy verosímil para un río, baste aducir aquí probatoriamente la gran cantidad de ríos existentes con el apelativo de 'negro', 'tinto' u otra referencia cromática ('blanco', 'amarillo...'). No le falta, pues, razón a Moralejo [2001: 506] al sugerir como más atinado que otros este valor de 'oscuro' para el antiguo *Tamaris*.

Por su parte, ya Trombetti [1962: 167 sgg.] proponía, en efecto, una raíz \**tam-* (estrictamente una forma \**tam*) con el significado de 'oscuro' y con documentación, además de en indoeuropeo, en los grupos y lenguas siguientes: en bantú con, por ejemplo, *tantum* 'negro' en cafre, en camitosemítico con, entre otros, *tem* 'oscuro' en el cuara o *tum* 'noche' en el gonga, en el uraloaltaico con verbigracia *tumma* 'oscuro' en finés, *tumliq* 'oscuro' en uigur, *tammaksa* 'niebla' en tungús o *tum* 'negro - oscuro' en el ostiaco del Yenisey, en indochino con *dām* en siamés, en mon-ejmer con *dum* 'oscuridad' en jasio, y en malayo-polinésico con *itom* 'negro' en bisaya o *itim* 'negro' en tagalo.

Se recordará aún que la Europa de época glacial fue un continente inhabitado y de hecho inhabitado en buena parte. La deglaciación comportó importantes alteraciones del clima y, en consecuencia, del ecosistema. El período más cálido comenzó hacia el 6.000 a.C., entonces la temperatura era unos grados superior a la media moderna, y había gran cantidad de caza y pesca [Burenhult 1995: 84], una buena razón, por tanto, para dirigirse hacia el norte, un norte no tan gélido en aquellos días. Al cambiar el ecosistema algunos animales, como los mamutes o los rinocerontes lanudos, desaparecieron, mientras que otros, como los *apetitosos* y tan útiles ciervos, bisontes o jabalíes, siguieron la expansión de los bosques caducifolios que desde la entonces templada Europa mediterránea iban extendiéndose hacia el norte. Con la deglaciación una buena parte de Europa, como Escocia o el conjunto de Escandinavia, fue poblada entonces por primera vez en términos absolutos, y una gran parte de Europa lo fue por primera vez por miembros de nuestra especie. Es así perfectamente lógico suponer que fueron estos primeros pobladores quienes pusieron nombres a los ríos, elemento de la naturaleza básico para ellos, y para su subsistencia y para sus desplazamientos.

Así pues, la hipótesis más simple consiste en suponer que aquellas gentes, entendiéndose mayoritariamente en hablas todavía indoeuropeas —o al menos previas (*paleoeuropeas*), desde luego, a las diferenciaciones históricas de los grupos europeos— dirigiéndose hacia el norte, fueron los que mayoritariamente dieron nombre —y en muchos casos por primera vez— a los ríos. Por tanto, a la pregunta de qué lengua hablaban estos cazadores-recolectoras que, hacia el 8.000 a.C. con el final del Paleolítico, emprendieron el viaje hacia el norte y que apenas podían dejar otros testimonios lingüísticos fidedignos que hidrónimos u otros nombres de la naturaleza —ya que, naturalmente, no disponían de ciudades, siendo campamentos estacionales sus residencias más estables— hay que responder que, puesto que la hidronimia que encontramos es paleoeuropea...

## BIBLIOGRAFÍA

- Alinei, Mario [1996], *Origini delle lingue d'Europa. I. La Teoria della Continuità*, Il Mulino, Bologna.
- [2000], *Origini delle lingue d'Europa. II. Continuità dal Mesolitico all'età del Ferro nelle principali aree etnolinguistiche*, Il Mulino, Bologna.
- Arcand, Bernard [2002], *The Cuiva*, en *The Cambridge...*, pp. 97-100.
- Batista y Roca, José M<sup>a</sup> [1962], *Los pueblos de África*, en *Las Razas...* II, pp. 162-309.
- Burenhult, Göran [1995], *Por Qué Algunos Pueblos no se Hicieron Agricultores. Una panorámica global*, en G. Burenhult (ed.), *Pueblos de la Edad de Piedra. Exploradores y agricultores de Asia, América y el Pacífico*, trad. F. Chueca, Debate, Madrid, pp. 81-9.
- Cavazza, Franco [2001], *Lezioni di indoeuropeistica con particolare riguardo alle lingue classiche (sanskrito, greco, latino, gotico) I*, Edizioni ETS, Pisa.
- Costa, Gabriele [2001], *Continuità e identità nella preistoria indoeuropea: verso un nuovo paradigma*, en «Quaderni di Semantica» 21, pp. 215-60.
- Galmés de Fuentes, Álvaro [2000], *Los Topónimos: sus Blasones y Trofeos (La Toponimia Mítica)*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- Gamble, Clive [1998], *El poblamiento de Europa hace 700.000-40.000 años BP*, en B. Cunliffe (ed.), *Prehistoria de Europa Oxford. Edición Ilustrada*, trad. M<sup>a</sup> J. Aubet, Crítica, Barcelona, pp. 11-46.
- Gómez-Tabanera, José Manuel [1980], *La Caza en la Prehistoria (Asturia, Cantabria. Euskal-Herria)*, Ediciones Istmo, Madrid.
- Greenberg, Josef H. [2002], *Indo-European and Its Closest Relatives. The Eurasiatic Language Family. Volume 2. Lexicon*, Stanford University Press, Stanford.
- Hamel, Elisabeth & Vennemann, Theo [2003], *La lengua originaria de los europeos prehistóricos*, en «Investigación y Ciencia» enero, pp. 62-71.
- Jakobson, Roman [1980], *Langage enfantin et aphasie*, trad. J.-P. Boons & R. Zygouris, Flammarion, París.
- Jordán Cólera, Carlos [2001], *Del topónimo euskara de Pamplona*, en «Fontes Linguae Vasconum» 88, pp. 417-29.
- Kitson, P.R. [1996], *British and European river-names*, en «Transactions of the Philological Society» 94.2, pp. 73-18.
- Krahe, Hans [1954], *Sprache und Vorzeit, europäische Vorgeschichte nach dem Zeugnis der Sprache*, Quelle und Mayer, Heidelberg.
- [1962], *Die Struktur der alteuropäischen Hydronymie*, en «Abhandlungen der Akademie der Wissenschaften und der Literatur zu Mainz» 5, pp. 285-351.
- [1964a], *Unsere ältesten Flussnamen*, Harrassowitz, Wiesbaden.
- [1964b], *Vom Illyrischen zum Alteuropäischen. Methodologische Betrachtungen zur Wandlung der Begriffe "Illyrisch"*, en «Indogermanische Forschungen» 69, pp. 201-12.
- Lakarra, Joseba A. [1996], *Sobre el Europeo Antiguo y la reconstrucción del Protovasco*, en «Anuario del Seminario de Filología Vasca "Julían de Urquijo"» 30, pp. 1-70.
- López Pereira, Xosé Eduardo [1996], *Cultura, Relixión e Supersticións na Galicia Sueva. Martiño de Braga "De Correctione Rusticorum"*, Universidade da Coruña, La Coruña.
- Mańczak, Witold [1999], *Wieża Babel*, Ossolineum, Wrocław - Varsovia - Cracovia.
- Moralejo, Juan J. [2001], *Hidronimia Galaica Prerromana*, en F. Villar & M<sup>a</sup> P. Fernández Álvarez (eds.), *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 501-9.
- Moralejo Laso, Abelardo [1980], *Notas acerca de Hidronimia Gallega*, en «Verba» 7, pp. 157-70.
- Murdock, George Peter [1957], *World Ethnographic Sample*, en «American Anthropologist» 59, pp. 664-87.

- [1959], *Cross Language Parallels in Parental Kin Terms*, en «Anthropological Linguistics» 1,9, pp. 1-15.
- [1981], *Nuestros contemporáneos primitivos*, trad. T. Ortiz, Fondo de Cultura Económica, México [= 1934].
- Otte, Marcel [1997], *The diffusion of modern languages in prehistoric Eurasia*, en R. Blench & M. Spriggs (eds.), *Archaeology and Language I. Theoretical and Methodological Orientations*, Routledge, Londres-N. York, pp. 74-81.
- Piella Vila, Anna [2002], *Parentiu a Jambun. Canvis i continuïtats en una comunitat aborigen d' Austràlia*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- Prósper, Blanca María [2002], *Lenguas y religiones prerromanas del occidente de la Península Ibérica*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.
- Roberts, Richard G. [1994], *La Datación por Termoluminiscencia*, en *Más Allá...* pp. 46-51.
- Schmid, Wolfgang P. [1997], *Idronimi antico-europei*, en «Res Baltica» 3, pp. 89-102.
- Schweitzer, Peter P. [2002], *The Chukchi and Siberian Yupik of the Chukchi Peninsula, Russia*, en *The Cambridge...* pp. 137-41.
- Sergent, Bernard [1995], *Les Indo-Européens. Histoire, langues, mythes*, Éditions Payot, París.
- Serra-Rafols, José de C. [1962], *Los pueblos de Oceanía*, en *Las Razas...* I pp. 288-458
- Tacon, Paul [1994], *El Arte de la Tierra*, en *Más Allá...* pp. 52-9.
- Trombetti, Alfredo [1962], *L'unità d'origine del linguaggio*, Scuola Grafica "Civitas Dei", Bolonia [= 1905].
- Vennemann, Theo [1994], *Linguistic reconstruction in the context of European Prehistory*, en «Transactions of the Philological Society», 92. 2, pp. 215-84.
- [2003], *Europa Vasconica - Europa Semitica*, Mouton de Gruyter, Berlín.
- Villar, Francisco (& Prósper, Blanca M.) [2005], *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.
- Zelenin, Dmitrij K. [1988], *Tabù linguistici nelle popolazioni dell'Europa orientale e dell'Asia settentrionale. Tabù venatori e di altre attività*, en «Quaderni di Semantica» 9, pp. 187-318.
- [1989], *Tabù linguistici nelle popolazioni dell'Europa orientale e dell'Asia settentrionale. Tabù della vita domestica*, en «Quaderni di Semantica» 10, pp. 123-276.

#### Abreviaturas

- Las Razas...* = P. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Instituto Gallach, Barcelona 1962, II voll.
- Más Allá...* = G. Burenhult ed., *Más Allá de África. Las Primeras Migraciones*, trad. F. Chueca, Debate, Madrid 1994.
- The Cambridge...* = R.B. Lee & Richard Daly (eds.), *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, Cambridge University Press, Cambridge 2002 [= 1999].